

**TONY
HILLERMAN**

**EL PUEBLO
DE LAS SOMBRAS**



Una misteriosa secta india... la extraña muerte de algunos de sus adeptos... y el sargento de policía navajo Jim Chee, que de nuevo pone a prueba su sagacidad, su intuición y el amor a su pueblo.

Un atentado aparentemente sin sentido sobre un indio, enfermo terminal de leucemia; una caja sin valor, también aparentemente robada a un multimillonario, hacen aflorar un pasado de codicia, falta de escrúpulos y muerte. Jim Chee estará obligado a desvelar aquel pasado, que regresa con su mortífera carga y que culminará con una dramática caza del hombre.

Buen conocedor de la cultura navaja, con un talento extraordinario para la acción y la intriga, Tony Hillerman ha sabido combinar sus habilidades para crear una obra dinámica, bien construida, apasionante, siempre en torno de un inolvidable protagonista, Jim Chee —que ya apareció en *La conspiración de las máscaras* y en *Vendaval de tinieblas*, también editadas por Grijalbo— y de la vida y costumbres de los actuales navajos, confinados en reservas.

1

Era una tarea que exigía esperar a que crecieran los cultivos, se desarrollaran las toxinas, se formaran los anticuerpos y reaccionaran los reactivos. Mientras esperaba, la bacterióloga se acercaba en su silla de ruedas a las ventanas y contemplaba el mundo de abajo. El mundo de abajo era el aparcamiento del Centro de Investigación y Tratamiento del Cáncer, adyacente al Laboratorio de Enfermedades Contagiosas del campus norte de la universidad de Nuevo México, en el que trabajaba la bacterióloga. Era un aparcamiento normalmente abarrotado, donde había que luchar para encontrar un hueco; tras llevar dos años observándolo, la bacterióloga ya se había familiarizado con sus actividades. Sabía cuándo hacían las rondas las encargadas de los parquímetros, cuánto tardaban en llegar las grúas, qué clase de transgresiones provocaban aquel máximo castigo y qué vehículos solían aparcar ilegalmente. Incluso estaba al corriente del idilio que había surgido entre la propietaria de un Datsun y el propietario de un Mercedes descapotable azul que aparcaba en el espacio reservado a uno de los encumbrados administradores del centro. Hacia el segundo año, la bacterióloga adquirió la costumbre de llevarse los prismáticos al laboratorio hasta que, al final, los dejó allí. Ahora los tenía en la mano y enfocaba con ellos una sucia furgoneta verde de reparto que se estaba introduciendo cautelosamente en un espacio protegido por una indicación que decía:

RESERVADO AL DIRECTOR ADJUNTO
LOS VEHÍCULOS SERÁN RETIRADOS POR LA
GRÚA CON GASTOS A CARGO DEL

PROPIETARIO

La bacterióloga había aprendido hacía mucho tiempo que los pacientes de cáncer solían saltarse las normas. Se estaban muriendo y lo sabían. A la vista de aquel hecho, todas las demás consideraciones pasaban a segundo plano. No obstante, el hábito del comportamiento civilizado solía prevalecer. No era frecuente ver un desafío tan descarado como el que en aquel momento estaba protagonizando la furgoneta de reparto.

El insolente provocador era un indio. Sin embargo, a través de los prismáticos no parecía un insolente. Se le veía imperturbable y enfermo. Bajó con dificultad de la cabina. La bacterióloga vio una maleta en el asiento del pasajero y experimentó una repentina oleada de admiración. Aquel hombre se disponía a ingresar y abandonaba su furgoneta dejándola para siempre a merced de la ley. Haciéndole un corte de mangas al destino. Pero el indio dejó la maleta en el asiento del vehículo.

Era un hombre corpulento con el poderoso torso y las escurridas caderas que la bacterióloga había aprendido a identificar como propios de los navajos. Vestía pantalones vaqueros y una chaqueta de grueso tejido de algodón, a pesar del sofocante calor de agosto. Se dirigió muy despacio a la entrada de los pacientes... con andares de enfermo. «Formalizará el ingreso —pensó la bacterióloga—, y después saldrá a recoger la maleta y cambiará el vehículo de sitio».

De pronto, apareció un automóvil no menos descarado. Era un Chevrolet nuevo de color gris plateado, que pasó por delante de la furgoneta verde y se detuvo en el espacio reservado al director del CITC. Se abrió la portezuela del conductor y apareció un hombre delgado vestido de blanco y con un sombrero de paja echado hacia atrás sobre la cabeza. Permaneció inmóvil un momento, contemplando la furgoneta. Después, rodeó su automóvil, abrió la portezue-

la del otro lado y se inclinó hacia adentro como si buscara algo en el asiento delantero. Al final, arrastró hacia afuera un saco aparentemente de comestibles, con la parte superior doblada, y lo colocó en la caja de la furgoneta, entre las tablas y los bultos adosados a la cabina. Una vez hecho esto, miró a su alrededor, estudiando el aparcamiento y las aceras, y, finalmente, miró directamente hacia la bacterióloga, la cual observó que era muy rubio, casi albino. En cuestión de un minuto, regresó al Chevrolet gris y se alejó lentamente.

Era casi el mediodía cuando la bacterióloga determinó que la forma vital que se había reproducido en la cápsula de Petri no era una *salmonella* capaz de provocar intoxicaciones alimenticias, sino una inofensiva *Escherichia coli* no patógena. Hizo las necesarias anotaciones, completó el informe y se acercó con su silla de ruedas a la ventana. Acababa de llegar una grúa. La bacterióloga la enfocó con los prismáticos. El ayudante del conductor estaba terminando de enganchar la barra de remolque a la trasera de la furgoneta verde. Acto seguido, levantó la mano izquierda y se agachó junto a la rueda de la furgoneta para comprobar algo. La distancia y el cristal de aislamiento no permitían oír el rumor del manubrio de la grúa, pero la bacterióloga observó que la trasera de la furgoneta empezaba a elevarse.

Bruscamente, toda la visión se perdió en un destello de luz. El mido se produjo un segundo después... algo así como un cañonazo. El cristal de la ventana de la bacterióloga se curvó hacia adentro rebasando el límite de resistencia y se astilló; después, se curvó violentamente hacia afuera, donde sus fragmentos se unieron a los de otras cien ventanas, cayendo como una lluvia sobre las desiertas aceras de abajo.

2

La lluvia se trocó repentinamente en una nevada cuyos copos semejaban palomitas de maíz, que golpeteaban sobre el sombrero de Jim Chee, bajaban por el cuello de la chaqueta de su uniforme y le provocaban un estremecimiento de frío. Era el tercer día de noviembre, según el calendario del First National Bank de Grants que Chee tenía sobre su escritorio, y justo al comienzo de la estación en la Que el Trueno Duerme, según el menos preciso y tradicional calendario del *Dinee*. En cualquiera de los dos calendarios era demasiado pronto para semejante tiempo... incluso a los dos mil quinientos metros de altitud de la ladera del monte Taylor. Howard Morgan había anunciado posibles neviskas en su previsión meteorológica del Canal 7, pero Chee no se lo había creído y había dejado su chaqueta de invierno en la comisaría de policía.

Echó un vistazo a su vehículo, un Chevrolet blanco con el emblema de la nación navajo y la leyenda *Policía Tribal Navajo* pintada en la portezuela. Podía regresar al coche y encender la calefacción. Podía buscar cobijo en la entrada de la residencia de Benjamin J. Vines y volver a tocar el timbre unas cuantas veces, con la esperanza de llamar la atención de alguien. El timbre emitió un melodioso sonido musical que Jim oyó resonar agradablemente a través de la maciza puerta. Al ver que no contestaba nadie, Chee estuvo tentado de volver a llamar simplemente para escucharlo. La tercera alternativa era subirse el cuello de la chaqueta para protegerse del aguanieve y seguir satisfaciendo su curiosidad con respecto a la casa. La había proyectado, según había oído decir, el célebre arquitecto Frank Lloyd Wright y estaba considerada una de las más lujosas residencias de

Nuevo México. La curiosidad que despertaba en Chee, como todas las cosas del hombre blanco, era muy profunda y, en aquel momento, lo era todavía más porque cabía la posibilidad de que Chee entrara muy pronto en aquel extraño mundo. Faltaban menos de cinco semanas para el 10 de diciembre, fecha en la cual tendría que decidir si aceptaba o no un nombramiento para el FBI y un puesto en el círculo de los timbres melódicos.

Se subió el cuello de la chaqueta, inclinó hacia abajo las alas de su sombrero y prosiguió la inspección. Se encontraba al lado de un triple garaje semiadosado, construido, como la casa, en granito de la zona y unido a la estructura principal por medio de un curvado murete del mismo material. Detrás del murete, en una extensión de césped cuya longitud no superaba los cinco metros, dos rectángulos de mármol negro llamaron la atención de Chee. Unas lápidas sepulcrales. Chee se inclinó sobre el murete. El nombre labrado en la lápida situada a la derecha de Chee era Dillon Charley. Debajo del nombre, se podía leer:

No recordaba cuándo nació.
Murió el 11 de diciembre de 1953.
Un buen indio.

Chee esbozó una sonrisa. ¿El doble sentido habría sido deliberado? ¿Conocía Vines, o quienquiera que hubiera mandado labrar la lápida, el dicho del general Sheridan según el cual el único indio bueno era el indio muerto?

La lápida de la izquierda decía:

ALICE, SRA. DE BENJAMIN J. VINES
Nació el 13 de abril de 1909
Murió el 4 de junio de 1949
Una mujer fiel

¿Fiel a B. J. Vines? Parecía una cosa un poco rara en una lápida sepulcral, aunque a Chee todas las costumbres funerarias de los blancos le parecían raras. Los navajos carecían de sentimentalismo con respecto a los cadáveres. La muerte despojaba a los cuerpos de todo su valor. Incluso perdían su identidad con la partida del *chindi*. Lo que el espíritu dejaba a su espalda era algo que se tenía que desechar con el menor riesgo posible de contaminación para los vivos. Los nombres de los muertos no se pronunciaban, y tanto menos se labraban en piedra.

Chee contempló de nuevo la lápida de Charley. El nombre le hizo recordar que no había ningún Charley en el clan del *Dinee Taciturno*, y tampoco en los restantes clanes que ocupaban la región de la Roca Áspera de su familia. Pero allí, en el extremo oriental de la reserva, entre el *Dinee de la Sal* y el *Dinee de las Muchas Cabras* y el clan del Barro y el clan de la Roca Firme, el nombre era bastante habitual. Y alguien llamado Charley había hecho recientemente algo que él hubiera tenido que recordar.

—¿No le parece un lugar insólito para un cementerio?

La voz sonó a su espalda; pertenecía a una mujer de unos cincuenta y tantos años con un bello rostro de expresión seria. Llevaba una chaqueta de piel cara, sobre unos pantalones vaqueros, y se cubría las orejas con un gorro de punto azul marino.

—Es una de las pequeñas excentricidades de B. J., enterrar a la gente junto al garaje. ¿Es usted el sargento Chee?

—Jim Chee —contestó Chee.

La mujer le miró, frunciendo críticamente el ceño y sin hacer el menor ademán de estrecharle la mano.

—Es usted más joven de lo que esperaba —dijo—. Me dijeron que era usted una autoridad en su religión. ¿Es eso cierto?

—Estoy aprendiendo a ser un *yataalii* —le explicó Chee. Utilizó la palabra «navajo» porque ninguna palabra inglesa

lo podía expresar con propiedad. Los antropólogos los llamaban chamanes y la mayoría de la gente de los alrededores de la reserva los llamaba cantantes o curanderos, aunque ninguna de aquellas denominaciones equivalía realmente al papel que desempeñaría entre los suyos si alguna vez conseguía terminar su aprendizaje—. ¿Es usted la señora Vines? —preguntó.

—Por supuesto —contestó la mujer—. Rosemary Vines. La segunda señora Vines —añadió, contemplando la lápida—. Pero no nos quedemos aquí bajo la nieve.

La casa había desconcertado inicialmente a Chee. Su fachada era una amplia curva prácticamente sin ventanas, semejante a una formación natural de piedra. Pero, tras franquear la puerta de madera maciza y cruzar el vestíbulo, el enigma se resolvía. La fachada era, en realidad, la parte de atrás. El techo se elevaba en una airosa curva hacia un gran muro de cristal. Más allá del muro, la ladera de la montaña se perdía hacia abajo. En aquel momento, todo estaba oscurecido por las nubes y la nevisca, pero, en los días normales, Chee sabía que el cristal daba a un inmenso espacio: las reservas indias de Laguna y Acoma hacia el sur y el este; el mar de setenta y cinco kilómetros de lava enfriada, llamado el *malpaís*, hacia las montañas Zuni del Sur, y la reserva de Cañoncito que se extendía por el este hacia la gran mole azulada de los montes Sandia, situados detrás de Albuquerque. La estancia era casi tan espectacular como el panorama. Una chimenea dominaba la pared de piedra a la izquierda de Chee, con una piel de oso polar sobre la alfombra junto a la chimenea. En la pared de la derecha cien ojos de vidrio le miraban desde las cabezas de los trofeos. Chee les devolvió la mirada: carabaos, impalas, ñus azules, cabras montesas, orix, alces, cariacús y una docena de especies que no supo identificar.

—Cuesta un poco acostumbrarse a ellos —dijo la señora Vines—. Pero menos mal que se guardan los más fieros en el cuarto de los trofeos. Éstos son los que no muerden.

—Me han dicho que era un célebre cazador —dijo Chee—. ¿No ganó el trofeo Weatherby?

—Dos veces —contestó Rosemary Vines—. En 1962 y 1971. Fueron años muy malos para cualquier cosa que tuviera colmillos, pelo o plumas. —La señora Vines dejó el chaquetón de visón sobre el respaldo del sofá. Debajo llevaba una camisa de hombre a cuadros. Era una hermosa mujer de cuerpo muy cuidado, pero se la veía como en tensión. Se le notaba en la cara, en su forma de moverse y en la contracción de los músculos de su delicada mandíbula. Mantenía las manos entrelazadas sobre la cintura.

—Voy a tomar un trago —dijo—. ¿Me acompaña?

—No, gracias —contestó Chee.

—¿Un café?

—Si no es molestia.

La señora Vines habló a través de una rejilla situada junto a la chimenea.

—María.

La rejilla contestó con un zumbido.

—Traiga un *whisky* y un café —dirigiéndose a Chee, la señora Vines preguntó—: Es usted un experto investigador, ¿no es así? Y trabaja en Crownpoint y lo sabe todo sobre la religión navajo.

—Me han trasladado a Crownpoint este año —contestó Chee— y sé algo sobre las costumbres de mi pueblo.

No era el momento más adecuado para explicarle a aquella arrogante mujer blanca que los navajos no tenían religión en el sentido blanco del término (en realidad, no existía en su lenguaje ningún término para designar la religión). Primero, averiguaría qué quería de él.

—Siéntese —dijo Rosemary Vines, indicándole un mullido sofá azul mientras ella se acomodaba en una silla de tubo de acero inoxidable y lustroso cuero—. ¿Sabe también algo de brujería? —preguntó, mirándole con una inquieta sonrisa mientras retorció las manos sobre su regazo—. Este

asunto de los Lobos Navajo, o los caminantes de pieles o como ustedes los llamen. ¿Sabe lo que es eso?

—Sé algo —contestó Chee.

—En tal caso, quiero contratarle —dijo Rosemary Vines—. Están a punto de concederle un permiso anual acumulado... —entró una anciana con una bandeja, una india pueblo, pero Chee no pudo establecer de qué clan pueblo. La señora Vines tomó su vaso en el que, por el color, había más *whisky* que agua, y Chee aceptó su taza de café. La india le estudió por el rabillo del ojo con tímida curiosidad—. Tiene treinta días de permiso —prosiguió diciendo la señora Vines—. Será más que suficiente.

«¿Para qué?», pensó Chee. Pero no lo dijo. Su madre le había enseñado que se aprende a través del oído y no de la lengua.

—Tuvimos un robo aquí —le explicó la señora Vines—. Entraron en las habitaciones de B. J. y se llevaron una caja en la que guardaba recuerdos. Quiero contratarle para que la recupere. B. J. se encuentra en un hospital de Houston. Quiero recuperarla antes de que regrese. Le pagaré quinientos dólares ahora y dos mil quinientos cuando me devuelva la caja. Si no la recupera, no cobrará los dos mil quinientos. Me parece un trato justo.

—Se lo podría hacer el *sheriff* de balde —dijo Chee—. ¿Qué ha dicho el *sheriff* sobre el asunto?

—Gordo Sena —dijo la señora Vines—. Sena no le sirve para nada a B. J. Y a mí tampoco. B. J. no le querría mezclar en esta cuestión. Además, sería perder el tiempo. Nos enviarían a algún suplente ignorante que haría muchas preguntas, echaría un vistazo por ahí, se largaría y ahí terminaría todo. No hay absolutamente ningún indicio sobre el cual pueda basarse la policía —añadió, tomando un sorbo de *whisky*.

—Yo soy policía —dijo Chee.

—Para usted será muy fácil —aseguró la señora Vines—. El Pueblo de las Sombras robó la caja. Busque a esa gente

y recupere la caja.

Chee se sintió tragado por el sofá y engullido por su aterciopelada comodidad azul cobalto. Examinó lo que le decía la señora Vines, tratando de encontrarle algún sentido. Los ojos de la señora Vines lo estaban estudiando. Una de sus manos sostenía el vaso y el hielo se movía en el trémulo líquido. La otra mano jugueteaba con la tela de la pernera de los vaqueros. Los copos de nieve golpeaban el cristal de la ventana. Al otro lado del cristal, la noche estaba cayendo.

—El Pueblo de las Sombras —dijo Chee.

—Sí —dijo Rosemary Vines—. Tienen que haber sido ellos. ¿No le dije que no se llevaron nada más que la caja? Mire a su alrededor —añadió, abarcando la estancia con un gesto de la mano—. No se llevaron la plata ni los cuadros ni nada. Sólo la caja. Vinieron por ella y se la llevaron.

El servicio de plata estaba en el aparador... Una impresionante cafetera y una docena de tazas sobre una bandeja de plata maciza. «Debía de valer un dineral», pensó Chee. Detrás de él, en la pared, un pequeño y perfecto tapiz navajo *yei*, por el que en la reserva le hubieran podido sacar dos mil dólares al más tacaño de los traficantes.

Chee reprimió el impulso de preguntarle a la señora Vines a quién se refería al hablar del «Pueblo de las Sombras». Jamás había oído hablar de él. Sería más prudente dejarla seguir.

La señora Vines habló sentada en el borde de la silla y tomando de vez en cuando algún sorbo de *whisky*. Dijo que, cuando llegó a aquel lugar (la construcción de la casa aún no había finalizado por aquel entonces), el capataz del rancho de B. J. Vines era un navajo llamado Dillon Charley, el hombre que ahora estaba enterrado al lado de la primera esposa de Vines junto al garaje. Vines y Charley eran amigos, explicó Rosemary Vines.

—El viejo había fundado una especie de iglesia —dijo la señora Vines—. B. J. tenía, o parecía tener, cierto interés

por ella. Él decía que no, que simplemente le seguía la corriente al viejo. Pero le interesaba. Yo les oía hablar entre sí. Y me consta que B. J. aportó dinero. Y, cuando ustedes, los de la policía navajo, los detuvieron, B. J. los ayudó a salir de la cárcel.

—¿Que los detuvieron? —preguntó Chee. De pronto empezó a comprenderlo—. ¿Fue por utilizar peyote?

En el caso de que así hubiera sido, el culto de Dillon Charley debió de formar parte de la llamada Iglesia Nativa Americana, que se desarrolló en la reserva del Tablero después de la II Guerra Mundial y fue declarada ilegal por el Consejo Tribal debido al uso de la droga psicodélica; sin embargo, el Tribunal Federal anuló la resolución tribal, por considerar que cercenaba la libertad de culto.

—Peyote, sí. Fue por eso —dijo Rosemary Vines—. Consumo de droga —añadió en tono despectivo—. B. J. nunca establece distinciones en sus intereses. Sea como fuere, B. J. les dio algo que guardaba en su preciosa caja. Él y Dillon Charley sacaron la caja varias veces. Al parecer, era muy importante para su religión. Y ahora la han robado.

—¿Qué contenía la caja? —preguntó Chee.

—Simplemente recuerdos —contestó la señora Vines, tomando un sorbo de *whisky*.

—¿Como qué? —preguntó Chee—. ¿Algún objeto de valor? ¿Qué es lo que quería esta gente?

—Nunca vi el interior de la maldita caja —le contestó Rosemary Vines, riéndose—. B. J. tiene sus pequeños secretos. Tiene su faceta privada de la misma manera que yo tengo la mía —su tono de voz dio a entender que ello había sido el origen de antiguos rencores—. B. J. la llamaba su caja de recuerdos y decía que su contenido no tenía ningún valor para nadie más que para él. Está claro que en eso se equivocó —añadió, soltando una carcajada.

—¿Tiene usted alguna idea de lo que sacó de esa caja para dárselo a Dillon Charley? —preguntó Chee—. ¿Algún indicio por pequeño que sea?

Rosemary Vines le miró a través del vaso con un rictus de amargura.

—¿Tendrían los topos algún significado?

Ahora fue Chee quien se rió. Aquella conversación le estaba recordando cada vez más su relato preferido de la cultura de los blancos: *Alicia en el País de las Maravillas*.

—No —contestó—. Los topos no tendrían para mí ningún significado.

—¿Cómo llaman ustedes a los topos?

—*Dine' etse-tle* —dijo Chee, pronunciando la serie de sonidos guturales.

—Así los llamaba Dillon Charley —dijo la señora Vines, asintiendo con la cabeza—. Le pregunté qué le había dado B. J. y eso es lo que me contestó. Por aquel entonces teníamos una criada navajo, era cuando los navajos trabajaban para B. J., y le pregunté qué quería decir aquella palabra. Me dijo que «topos».

—Exactamente —corroboró Chee.

Técnicamente, cuando se fragmentaba en sus partes, significaba algo más que eso. La palabra *Dinee* significaba «pueblo». Por lo que la expresión quería decir literalmente «Pueblo de las Sombras».

—¿Por qué llama usted a la iglesia de Dillon Charley «Pueblo de las Sombras»?

—Porque así la llamaba B. J. O algo muy parecido. Hace tantos años que es difícil recordarlo.

«Pero usted lo recuerda», pensó Chee.

—Hay otro posible motivo para el robo de la caja —dijo—. Esto es un lugar legendario —indicó la estancia con un gesto de la mano—. B. J. Vines es una persona legendaria. Por consiguiente, es posible que exista alguna leyenda relacionada con su estuche de recuerdos. A lo mejor, corren rumores de que está lleno de oro o brillantes o de billetes de mil dólares. Por eso al que vino a robar no le interesaban los cuadros ni la plata ni las alfombras navajo. ¿Estaba ce-

rado con llave? ¿Lo tuvieron que sacar y abrir para averiguar lo que contenía?

—Siempre estaba cerrado —contestó Rosemary Vines—. Cualquiera hubiera dicho que B. J. guardaba en él las joyas de la corona. Pero B. J. decía que eran simples recuerdos, objetos diversos. No creo que mintiera —la señora Vines volvió a esbozar una tensa y amarga sonrisa—. B. J. tiene la manía de conservar recuerdos. Lo conserva todo. Si no lo puede enmarcar, lo guarda —la amarga sonrisa se convirtió en una amarga risita—. Cualquiera diría que teme perder la memoria...

—Pero alguien de fuera...

—Alguien de fuera no hubiera sabido dónde guardaba la caja B. J. —dijo la señora Vines en tono impaciente—. Dillon Charley lo sabía. Deduzco simplemente que Dillon se lo reveló a su hijo —levantándose con un gracioso movimiento, añadió—: Venga y se lo mostraré.

Chee la siguió.

—Otra cosa —insistió—. Su marido lo sabe todo acerca de este «Pueblo de las Sombras». ¿No le parece más lógico que él mismo hubiera ido a buscar la caja?

—Ya le he dicho que está en el hospital —contestó la señora Vines—. Sufrió un ataque el verano pasado. Cuando estaba cazando en Alaska. Lo trasladaron en avión. Tiene el lado izquierdo parcialmente paralizado. Le van a colocar un aparato en Houston para que pueda moverse mejor, pero no quiero que ande persiguiendo a unos ladrones.

—No, claro —convino Chee.

La señora Vines se detuvo junto a una puerta abierta, indicándole a Chee que pasara.

—Sería capaz de hacerlo con muletas y todo —aclaró—. Intentaría perseguirles aunque estuviera conectado a un pulmón de acero. Por eso quiero recuperar la caja inmediatamente. Quiero tenerla cuando él vuelva a casa. No quiero que se preocupe por eso.